

CURSOS PARA EXTRANJEROS EN SEGOVIA

HOMENAJE A ANTONIO MACHADO

CONFERENCIAS DADAS EN LOS CURSOS DE
VERANO PARA EXTRANJEROS EN SEGOVIA,
LOS DIAS 25 A 28 DE JULIO DE 1951



SEGOVIA 1952

G-F 4570

36
D

HOMENAJE A ANTONIO MACHADO

RTN. 363



1070862
F XXVIII 6



BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO
SEGOVIA
LIBRO DADO DE BAJA

Tit: 74064
C.1097780

CURSOS PARA EXTRANJEROS EN SEGOVIA

HOMENAJE A ANTONIO MACHADO

CONFERENCIAS DADAS EN LOS CURSOS DE
VERANO PARA EXTRANJEROS EN SEGOVIA,
LOS DIAS 25 A 28 DE JULIO DE 1951



SEGOVIA 1952



R.61451



8.8348

CURSOS PARA EXTRANJEROS EN SEGOVIA

HOMENAJE A ANTONIO MAQUHADO

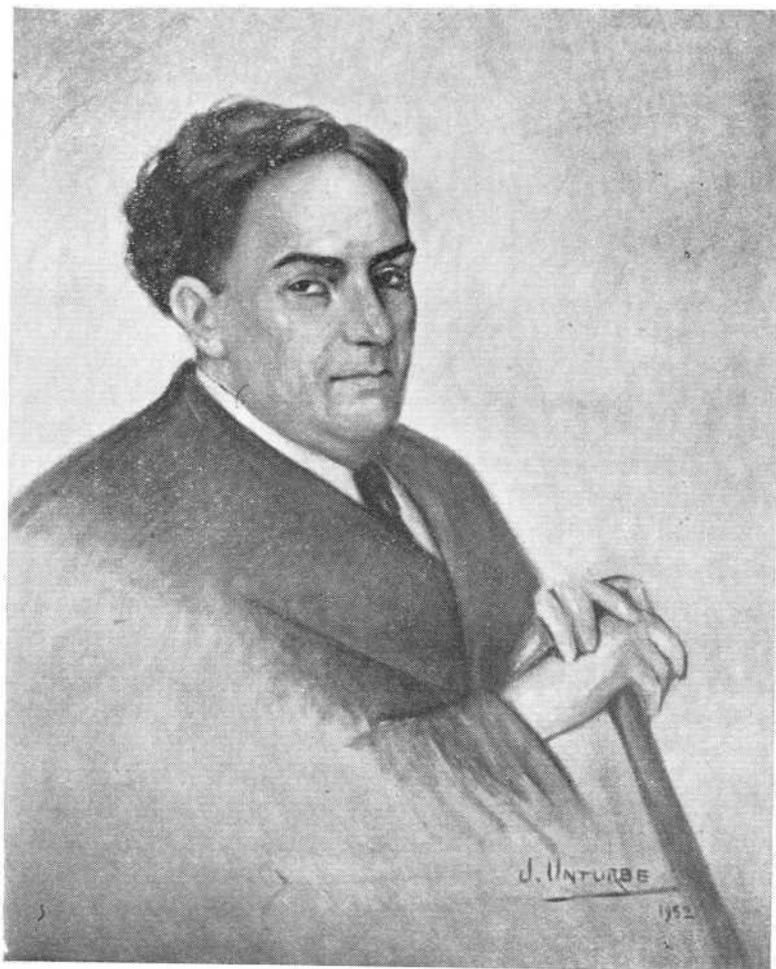
CONFERENCIAS DADAS EN LOS CURSOS DE
ESTUDIOS PARA EXTRANJEROS EN SEGOVIA,
DÍAS 25 A 28 DE JULIO DE 1951

Publicado en
ESTUDIOS SEGOVIANOS
1952 Tomo IV



SEGOVIA 1952

Imprenta GABEL.—Grabador Espinosa, 8.—Teléfono 15-53—Segovia



ANTONIO MACHADO
Retrato al óleo de Jesús Unturbe.



LA VIDA Y LA OBRA DE ANTONIO MACHADO

P O R

ANGEL REVILLA

Conferencia dada en los Cursos de Verano de Segovia el 25 de Julio de 1951.

El conferenciante refiere los principales momentos de la biografía del poeta, deteniéndose en aquellos que mayor influencia ejercieron en su vida y en su obra, y continúa su lección leyendo las siguientes cuartillas:

No es una trivialidad, es trabajo muy serio el hablar de la obra de un vate. Un poeta es algo tan sutil, tan aéreo que le respiramos, le sentimos y vivimos de él, porque él crea la atmósfera de nuestras emociones: toda nuestra riqueza emocional se la debemos a él y no le vemos definido. Un poeta es ese abrir de los ojos del niño, la mañana de Reyes, que ve el juguete y hace saltar su corazón de alegría, ese fino rayo de sol que penetra en una habitación en la que estábamos en tinieblas y hace destacar los objetos como si entonces nacieran y nos hace admirarlos; y si ese rayo penetra por las galerías más íntimas del alma o por las sendas del corazón, ilumina ese mundo informe de la sensibilidad que por ellas anda a tientas, sin concretarse en una clara percepción, desasosegándonos a veces sin darnos cuenta de la causa, y que, por la gracia de su pura luminosidad llegamos a sentirlo contorneado y a vivirlo plenamente. El rayo de sol nos lo ha creado. Tal es el sentido primitivo de la palabra poeta: creador. Y una creación es para nosotros el llegar a calar en la entraña de algo que late en nuestro interior o nuestro alrededor y que en un gran espacio de nuestra existencia no se nos había hecho notorio.

Poeta, pues, es todo creador, use el medio que use para exteriorizar su creación. Poeta es el que esculpe, el que pinta, el que inventa, y... muchos más, pero se da a la palabra un sentido más restringido y con ella denominamos al que usa como medio

de expresión la palabra y más concretamente al poeta lírico y al épico, como si el dramático y el novelista no lo fueran también. Aún cabe otra diferencia: la forma de la expresión; el manifestarse en prosa o en verso. Y para el que escribe en esta última se reserva en general esta denominación, como si Juan Ramón Jiménez, por ejemplo, no fuera tan poeta en «Platero y yo», como en la más lograda de sus composiciones en verso.

La prosa y el verso no son más que lo externo, la piel de la poesía, el vaso como dice José Asunción Silva.

El verso es vaso santo; poned en él tan solo
un pensamiento puro,

y algo análogo dice nuestro poeta de hoy.

Prefiere la rima pobre,
la asonancia indefinida.
Cuando nada cuenta el canto
acaso huelga la rima.

(Nuevas Canciones)

La poesía es mucho más que sonsonete. (Esto no me suena bien que dicen los chicos). Y si solo es sonsonete será monótona música. La poesía, para ser tal, ha de estar cargada de emoción, de pensamiento, de alma. Así es la poesía de Antonio Machado.

En los versos de algunos poetas las emociones, cerebralizadas en extremo, bailan arlequinescas danzas vestidas con imágenes de oropel y lentejuelas. Los versos de Machado tienen alma, están cargados de emoción y son de una singular sencillez.

¡Frente a mí va una monjita
tan bonital
Tiene esa expresión serena
que a la pena
da una esperanza infinita.

Una simple transposición y tenemos el verso perfecto y expresivo. ¿Podría decirse más concisamente en prosa? Algún es-

crítor, creo que Pérez de Ayala, afirma que el verso perfecto es aquel precisamente cuyo contenido no puede decirse en prosa más elegantemente, con más precisión y con más rigor. En los de Machado se tropieza con ellos sin buscarlos. Todos son claros.

Dionisio Ridruejo dice en el prólogo que para la edición de las obras completas de don Antonio Machado hizo en octubre de 1940: «He creído y creo que de Rubén acá no hay poeta español que se aproxime a su perfección, a su austeridad y a su hondura. Lo cual es casi como decir—con muy pocas reservas—que le creo el poeta más grande de España desde el vencimiento del siglo xvii hasta la fecha». Yo considero, sin entrar por ahora en otros aspectos, que la luminosidad y sencillez que hay en los versos de don Antonio Machado—y no confundamos luminosidad con brillantez—se encuentra pocas veces en la poesía castellana.

Sus versos son de gran naturalidad. Fluyen de un puro manantial cuando desean fluir.

Agua de buen manantial,
siempre viva,
fugitiva,
poeta, cosa cordial.

Y sus pensamientos y sus emociones se muestran, en sus versos, transparentes, casi sin ropa. Los nombres los encontramos muchas veces descarnados de toda cualidad, solos.

...Corre el tren
por sus brillantes rieles,
devorando matorrales,
alcaceles,
terraplenes, pedregales,
olivares, caseríos,
praderas y cardizales
montes y valles sombríos.

Cinco versos, casi seis, compuestos por sustantivos aislados en magnífica armonía imitativa.

El adjetivo—del que tanto se abusa—lo emplea con par-



quedad y suavidad, como un toque indispensable; tan necesario que sin él no adquiere relieve el nombre, y a veces los sustantiva con acierto feliz. Siempre vemos en él una gran austeridad en la expresión que coordina con su manera de ser.

El tiene un alto concepto de la poesía que le obliga a manifestarse así: Arranca, parece, de aquel poeta que dijo un pensar alto, sentir hondo y hablar claro, que es en síntesis lo que desea A. Machado.

Unamuno ha dicho que el arte es la eternización del momento. Esa eternidad anhela nuestro poeta y su poesía es eterna. Así escribe:

Pero el poeta afronta al tiempo inexorable,
como David al fiero gigante filisio;
de su armadura busca la pieza vulnerable,
y quiere obrar la hazaña a que no osó Tíreo.

Vencer al tiempo quiere. ¡Al tiempo! ¿Hay un seguro
donde afincar la lucha? ¿Quién lanzará el venablo
que cace esa alimaña? ¿Se sabe de un conjuro
que ahuyente ese enemigo, como la cruz al diablo?

El alma. El alma vence—¡la pobre cenicienta,
que en este siglo vano, cruel, empedernido,
por esos mundos vaga escuálida y hambriental—
al ángel de la muerte y al agua del olvido.

.....
Poeta que declares arrugas en tu frente,
tu noble verso sea más joven cada día,
que en tu árbol viejo suene el canto adolescente,
del ruiseñor eterno la dulce melodía.

(A Narciso A. Cortes, poeta de Castilla)

El mira alto «con el alma atenta al hondo cielo» y también de lo más íntimo de sí.

En zonas del alma
donde el candil de la ciencia
—o antorcha o sol si te place—
no luce ya o luce apenas,
donde el poeta imagina
el fraginar de colmena
de un mundo creador...

(Las Adelfas. Acto I. Escena II)

En esas zonas del alma, «esas galerías sin fondo del recuerdo» donde descansan dormidas las emociones, va a buscar el poeta su inspiración a solas o con «el hombre que siempre va con él», en sus «soledades y galerías» (si en este tiempo le acompaña el hombre que mira al exterior) y allí las sorprende, cuando ellas no le sorprenden a él, menos veces ésto, pues es más caminante de las sendas recónditas del alma que de las de la tierra; porque él ama

esos mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles
como pompas de jabón.

En esas curvas del alma, que él alumbraba con una lucecita cordial, encuentra una ilusión, muchas veces ilusión que fué, o el sueño de una ilusión.

¡Juventud nunca vivida
quién te volviera a soñar!
De toda la memoria, sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños.

Ilusiones que son más puras por ser ya sólo el recuerdo, y que al evocarlas despiertan una emoción que tiembla un momento como una hoja seca en el árbol, y que el poeta antes de que acabe su leve revoloteo la cubre con el tenue cendal de unas sencillas palabras.

¿Cómo no ha de mover el corazón del poeta aquel olmo seco al cual

con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido,

que son como brotes del recuerdo que le hacen esperar «otro milagro de la primavera»? Y así recrea y nos hace recrear las ilusiones que fueron y las que pudieron ser en su tiempo, que el poeta desea vivir serenamente otra vez, sentir las, ya que se le escaparon fugaces; pero la experiencia le ha enseñado que

¡Ayer es Nunca jamás!

y esto le sume en gran melancolía.

Por vivir caminando por los recovecos del alma o del corazón—mucho más éstos porque su poesía es cordial—le sorprende el exterior a veces

Como atento no más a mi quimera
no reparaba en terno mío, un día
me sorprendió la fértil primavera
que en todo el ancho campo sonreía.

.....
Tras de tanto camino es la primera
vez que miro brotar la primavera,

y por ello le vemos distraído deambular por calles y paseos sin darse cuenta de lo que le rodeaba. Aquí, en el Instituto, no salía más que a su aula y a la sala de profesores. Varias me dijo a la salida de clase. —¿Dónde se mete V. que le he andado buscando por ahí y no le he encontrado? Yo daba mi clase entonces en el aula contigua a la suya.

En esas galerías
sin fondo del recuerdo

.....
allí el poeta sabe
el laborar eterno
mirar de las doradas
abejas de los sueños.

Por ellas camina el poeta sereno y muy despacito, que hay que tener los ojos muy abiertos para ver las cosas como son; aún más abiertos para verlas otras de lo que son; más abiertos todavía para verlas mejores de lo que son—como dice en Juan de Mairena, y añade—. Yo os aconsejo la visión vigilante, porque vuestra misión es ver e imaginar despiertos, y que no pidáis al sueño, sino reposo, y en ellas, en la honda gruta—donde fabrica su cristal mi sueño—mueven su corazón los más pequeños soplos y hasta los ecos de la luz, porque los sueños de que tanto nos habla no son más que recuerdos de un pasado espiritual ilusorio que el poeta no llegó a vivir; ilusiones viejas que harto sabe no volverán a ver, y que a veces duda si han sido.

Esto hace al poeta melancólico, y le lleva a la desilusión.

Un momento perdido para gozar plenamente una emoción, para reflexionar sereno y calurosamente algo que no es comparable. Sabe el poeta—ya lo hemos dicho—que la vida no retrocede, como no vuelve a sus fuentes la corriente del río, porque además de observarlo uno y otro día, se lo ha contado uno de sus poetas favoritos, don Jorge Manrique —según él le nombra—, pero la nostalgia del recuerdo no le abandona

Y todavía
¡yo alcanzaré mi juventud un día!

que en ocasiones también semeja esperanza. Esa misma fugacidad del tiempo le hace dudar de la percepción real e interna, así nos dice al comienzo de una poesía

El rojo sol de un sueño por el Oriente asoma.
Luz en sueños,

y más adelante

¿no huirá, como una nube dispersa, el sueño en flor?

y en otra

Dime, si sabes, vieja amada, dime
si son más las lágrimas que vierto.

Nostalgia, melancolía, desilusión—rara vez desesperanza—, angustia, hasta hastío se suceden en las soledades, en las galerías y muchas poesías de Machado. De ahí el caer en imágenes tristes, lúgubres y hasta macabras, que alternan con otras con motivos de sin igual delicadeza que salen de su pluma con naturalidad

¡Y lágrimas sonoras
de las campanas viejas (XXV)

las hojas de las copas
son humo verde que a los lejos sueña. (XXXVI)

La estrella es una lágrima
en el azul celeste, (LXXII)

tan claras y sencillas que sin ellas entenderíamos más oscuramente el contenido.

Machado aspira siempre a la expresión clara y correcta, sin adornos. Huye de la expresión barroca.

¿Soy clásico o romántico?

se pregunta en retrato. Si admitimos como clásico, esa feliz armonía, con equilibrada ponderación entre todos los elementos de la poesía, don Antonio, es un clásico, y muy clásico, pero un clásico para quien la polimetría del romanticismo no ha pasado en balde, como no han pasado las pobres rimas asonantadas de Bécquer, ni tampoco su honda melancolía, por supuesto. Aquéllas y éstas le proporcionan los ritmos precisos para ceñir adecuadamente su pensamiento.

En esta misma poesía a que antes aludo, dice A. Machado:

 Mi juventud, veinte años en tierra de Castilla,

que es donde se hace poeta, poeta de austera poesía. Es Castilla quien hace poeta a Machado, y, en la poesía cuya emoción arranca de fuera.

Soria, los campos de Soria. Esto, su mujer y una serie de recuerdos de horas y días pasados, sin experimentar la emoción madura.

Parte de la melancolía que corre a través de muchas de sus poesías, es inspirada por el triste recuerdo de su mujer. Pocas hay dedicadas íntegramente a ella, pero son muchas en las que su recuerdo está patente, sobre todo, en «Caminos».

 Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.

 Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.

 Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.

 Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar, (CXIX)

que es un lamento desgarrador de honda pena sufrida en silencio.

El poeta camina entre esperanzas y desesperanzas amargas; su corazón se resiste a creer en la amarga realidad y necesita crearse la ilusión de que ella no ha muerto del todo.

Dice la esperanza: un día
la verás, si bien esperas.
Dice la desesperanza;
sólo tu amargura es ella.

Y mientras él la lleva en su recuerdo, así es para esta vida;
por eso esa terminación de esta poesía,

Late, corazón..... No todo
se lo ha tragado la tierra, (CXX)

y el de la que empieza

Soné que tú me llevabas
por una blanca vereda.

.....
Vive, esperanza, ¡quién sabe
lo que se traga la tierra! (CXXII)

En una poesía en que ve entrar la muerte en su casa silenciosamente, sin mirarle, pinta con pocos pero seguros tonos, la agonía de su mujer, terminando casi con dulzura en su dolor.

Mi niña quedó tranquila,
dolido mi corazón.
¡Ay, lo que la muerte ha roto
era un hilo entre los dos! (CXXIII)

pero este hilo roto lo lleva consigo el poeta, es el hilo del recuerdo que no se rompe

mas falta el hilo que el recuerdo anuda
al corazón.

La vuelta de la primavera le renueva su esperanza

con este dulce soplo
que triunfa de la muerte y de la piedra,
esta amargura que me ahoga fluye
en esperanza de Ella,

como si Ella, así con mayúscula, también pudiera volver como lo hace la estación florida.



En todas partes le acompaña el recuerdo, y así en «Otro viaje», por tierras de Andalucía, por las tierras natales, dice: «y recuerdo otro viaje—hacia las tierras del Duero—. Otro viaje de ayer—por la tierra castellana—¡pinos del amanecer—entre Almazán y Quintanal—¡Y alegría—de un viajar en compañal—¡Y la unión—que ha roto la muerte un día!—¡Mano fría—que aprietas mi corazón!» (CXXVII).

Hay, aparentemente al menos, un gran contraste entre la poesía de «Soledades», «Galerías» y otros libros de Machado, y «Campos de Castilla». Y digo aparentemente, porque el asunto de este libro requiere otra forma de expresión. La sobriedad es común a todos, pero en éste se hace recia y cruda, armonizando las tierras que pisa y contempla, pues en este libro la emoción viene de fuera.

Y sin embargo ¡qué dentro del alma lleva estas tierras..... que él considera su patria!

Yo tuve patria donde corre el Duero
por entre grises peñas,
y fantasmas de viejos encinares,
allá en Castilla, mística y guerrera,
Castilla la gentil, humilde y brava,
Castilla del desdén y de la fuerza. (CXXV)

Insiste en esto en «Sueños dialogados» (1).

Micorazón está donde ha nacido,
no a la vida, al amor, cerca del Duero...
¡El muro blanco y el ciprés erguido!

Hemos dicho antes que Castilla le hizo poeta a Machado; le hizo poeta y le prestó su austeridad, que Machado, sevillano de nacimiento, tiene mucho más de Fray Luis, que de Herrera, si de Herrera le queda algo. De esa exuberancia ornamental que por allá se dá en todo, que desde luego se ha dado en poesía, no se ve un bróte en la de nuestro poeta. Ahora bien, considero que un buen poso del sentir andaluz, del hondo sentir andaluz le queda.

(1) «Nuevas canciones».

Vino a Castilla de la periferia como vinieron otros: Unamuno, Maeztu, Azorín, Salaverría, Valle-Inclán, Baroja; los componentes, con alguno más de la generación del 98; Castilla les penetró hasta el tuétano del alma, y a través de Castilla vieron toda España, que es acaso la nota más característica de esta generación, y hasta quisieron españolizar Europa. No es que no se movieran de Castilla, pues pocos escritores ha habido tan andariegos, con andar calmoso, como éstos: es que Castilla ha sido lo fundamental para ellos. Antonio Machado pertenece a esta generación. Nos lo declarará él en «A una España Joven», y así se nos manifiesta en mucha de su temática.

¡Con qué rigor descubre el cuerpo y el alma de este trozo de Castilla: Sorial Esta tierra árida y fría en la que asoma por aquí y por allá desnuda la roca, el hueso mondado de España, salpicada de pequeños oasis de varia y enteca vegetación, «de roídos encinares», en la que hay que descubrir la primavera en las diminutas flores de ese vello con que la cubren las pequeñas y sufridas plantas que en el polvo de la roca disgregada por los hielos sustentan sus raíces, o en las zarzas, estas tierras «tan tristes que tienen alma», por las «que cruza errante la sombra de Caín», son las que canta el poeta, y también sus gentes sufridas, trabajadoras, rudas, ásperas, sórdidas, codiciosas, roídas sus almas por la envidia, que desprecian cuanto ignoran, «guarda su presa y llora la que el vecino alcanza», que destaca principalmente en «Por tierras de España», «El Dios Ibero», «A orillas del Duero», «Campos de Soria» y en aquella acción trágica—una gran adquisición para el Romancero moderno—, «La tierra de Alvargonzález», romance con valor popular y gotas de fina observación de espíritu cultivado, de magnífica factura que puede ponerse al lado, sin desmerecer, de los mejores romances de nuestra Literatura.

No desdeña Antonio Machado lo popular, sino todo lo contrario, lo admira. Lleva como herencia en su sangre el gusto por ello, pues su padre se dedicó al estudio del folklore. Hemos de puntualizar, sin embargo, que lo popular para Machado es todo aquello que es expresión libre del sentir, del pensar y de la experiencia del pueblo, y sólo esto. Como él no se considera dis-

tinto de los demás que piensan y sienten, incorpora naturalmente lo popular a sus poesías.

Aunque es original, aspiración muy propia de todo artista, no sufre el desasosiego de significarse como tal. Escribe lo que piensa y lo que siente, sin averiguar si está o no dicho. Así aconseja en Juan de Mairena: «A vosotros no os importe pensar lo que habéis leído ochenta veces y oído quinientas, porque no es lo mismo pensar que haber leído». No, no es lo mismo pensar que haber leído. El pensar es algo que nace en uno, por tanto muy propio, aunque sea reflejo de una lectura. Repensando lo ya pensado, lo cotidiano, hondamente, para que lo sienta el corazón, se es original. ¿Qué hizo Jorge Manrique, uno de sus poetas preferidos? Pensar y sentir hondamente algo pensado en todos los tiempos, tan hondamente, que se dió muy clara cuenta de lo que pensaba y sentía, y expresarlo con la emoción y claridad que él lo vió. ¿Qué engendra un pensamiento? Otro pensamiento; aunque no siempre sepamos quién ha engendrado a quién, pues las asociaciones mentales son muy complejas.

Machado es un incansable lector. Acaso sea uno de los que mayor número de obras y autores haya leído, pero es acaso también uno de los escritores en que es más difícil descubrir las influencias de unos y otros, no obstante su buena memoria. Su pensamiento lo elaboraba él viviéndolo, porque si los libros enseñan, la vida enseña más y la más grande misión del hombre es ésta: pensar y si es poeta: pensar y sentir el pensamiento.

Y como él fué un filósofo, conocía cuanto puede conocerse de la génesis del pensamiento y de las sendas para su análisis. Su más sólida cultura era filosófica. Desde los más antiguos filósofos griegos hasta nuestros días poco de lo que fuera digno de atención había dejado de saborearlo nuestro poeta. Se ve en sus poesías y más patentemente en su Juan de Mairena, libro entre escéptico, cínico y cordial.

En colaboración con su hermano Manolo, compuso don Antonio seis obras dramáticas en verso, salvo algunas escenas de «La Duquesa de Benamejí»; todas ellas de acción hábilmente desarrollada, de animado diálogo y de muy correcta versificación, recuerdan notablemente nuestro teatro clásico, sobre todo el de Lope y el de Tirso. Del primero mucho en el modo rápido

ANTONIO MACHADO EN SEGOVIA

P O R

M A R I A N O G R A U

Conferencia dada en los Cursos de Verano de Segovia el 26 de julio de 1951.

Antonio Machado llegó a Segovia en el año 1919, como Catedrático de Lengua francesa del Instituto General y Técnico. Venía de Baeza, a cuya ciudad se trasladó luego de su etapa en Soria, fecunda y decisiva por tantos conceptos para el poeta pero, al fin también, llena de dramatismo y amargura para su espíritu selecto. Etapa que dejaría en su alma la huella más honda y entrañable, la vibración más encendida en cordiales motivos y en recuerdos humanos y dolientes. Para la vieja tierra soriana—desnuda y lírica, yunque de romancero—el alma del poeta guardaría siempre un tesoro de resonancias y ternuras, que habría de empapar a lo largo de su vida el cristal caliente de su verso:

¡Oh, sí, conmigo vais, campos de Soria,
tardes tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño
del suelo gris y de la parda tierra,
agria melancolía
de la ciudad decrepita.
¿Me habéis llegado al alma
o acaso estábais en el fondo de ella?

Pero yo no voy a trazar ahora el esquema de su panorama espiritual ni poético, ya que en este ciclo machadiano del programa de los Cursos, voces infinitamente más autorizadas que la mía comenzaron ya a hacerlo y habrán de seguir desarrollándole con solvencia y acierto indiscutibles. Solamente me propongo, a manera de breve introducción a la lectura de algunos poemas de Antonio Machado, evocar su paso por Segovia y,

sobre todo, traer a colación algunos de mis recuerdos personales relacionados con aquel gran poeta, todo bondad y afable sencillez, al que tuve la suerte de tratar en momentos para mí inolvidables.

Antonio Machado llegó a Segovia el día 26 de noviembre de 1919. Un periódico local saludó al siguiente día su llegada con esta nota:

«Ayer llegó a esta población, con objeto de posesionarse de su cátedra de Francés en el Instituto General y Técnico, para la que recientemente fué nombrado, el vigoroso y culto poeta Antonio Machado, que en hermosas estrofas ha sabido cantar las grandezas de Castilla, de la que es un ferviente enamorado.

Envíamole nuestro saludo más afectuoso y mucho celebraremos que encuentre grata su estancia en esta vieja ciudad castellana, donde seguramente hallará motivos de inspiración el genial poeta.»

Este mismo periódico, publicaba días más tarde en su sección literaria aquel poema dedicado a Juan Ramón Jiménez, del libro «Soledades, Galerías y otros poemas», que comienza:

«Era una noche del mes
de mayo, azul y serena,
sobre el agudo ciprés
brillaba la luna llena...»

Otro diario se publicaba en Segovia a la sazón, en el que escribían los más jóvenes e inquietos literatos de la Segovia de entonces, muy preocupados con ideas de renovación y nuevas directrices para la literatura y el periodismo. Dicho diario, saludó alborozadamente la llegada a Segovia de don Antonio, publicando diversos poemas de Machado, entre ellos los titulados «Retrato» y «A un olmo seco». También insertó una extensa nota encomiástica, debida a la pluma de José Tudela—hoy director del Museo de América—que había conocido y tratado al gran poeta en Soria.

A su llegada a Segovia, y luego de una fugaz estancia en un hotel de la ciudad, Antonio Machado fué a esa casita de la destartalada calle de los «Desamparados», señalada con el número 11, que en estos últimos tiempos ha sido desfigurada por

una absurda y pretenciosa escalera exterior, que deshace la gracia humilde del viejo y emotivo rincón silente, donde en ocasiones parlotea el cimbaillo del convento contiguo y se escucha el rumor de rezos y salmodias. En esta casa, Machado habitaría los doce años de su segoviano vivir, en franca camaradería y convivencia con otros huéspedes de variada índole, que tuvieron siempre para don Antonio respeto y simpatía. Aún se conserva—casi como él la dejara—su modesta habitación, orientada al norte y tan fría, que Machado, con su sevillano gracejo, aseguraba verse obligado muchas veces, en el rigor del invierno, a abrir el balcón para que la pieza se caldease un poco. Es decir, que aún era más fría que la misma calle.

Evoco su figura en aquella franciscana habitación, que los libros, periódicos y papeles cubrían casi por entero; libros en las sillas, en la mesa, en el suelo, en la cómoda, en los rincones, hasta en la misma cama. Libros cuyas hojas, en su mayor parte, habían sido separadas con los dedos y ostentaban las barbas de la impaciencia, en flecos desiguales; libros también que el poeta no pensaba abrir nunca, llegados desde todos los lugares de España, con dedicatorias más o menos calurosas y altisonantes.

En esta habitación, sentado frente a una mesa camilla pequeña, Machado trabajaba fumando incansable y cubriéndose con la ceniza de los cigarros, en tanto que un menguado brasero se arrecía olvidado, bajo las faldas del mueble. Algún tiempo más tarde, el poeta adquirió una estufa de petróleo que, si bien no consiguió calentarle, le puso en cambio en riesgo de perecer asfixiado por el humo. Para el proverbial desmaño de don Antonio, era demasiada complicación aquella estufa endiablada y pestilente, que todavía luce su empaque irónico en la un día habitación del poeta.

Otra estancia de la casita de la calle de los Desamparados acogía diaramente la figura de don Antonio: el comedor. Sencilla estancia, sobriamente amueblada con una mesa y sillones de asiento de paja en torno. En las paredes colgaban algunos cromos característicos, litografías de calendarios y desvaídos retratos familiares. Un aparador ocupaba el espacio entre dos puertas, exhibiendo los limpios vasos y la vajilla de blanca

joza. Al igual que la habitación del poeta, este comedor, sencillo y austero, perdura casi como en los días de don Antonio y la misma figura menuda y ágil de la buena y excelente señora Luisa—toda nieve su cabeza afable—se mueve por la estancia, atenta y silenciosa, siempre a flor el recuerdo emocionado de don Antonio. ¡Vaya mi saludo cordial a esta mujer sencilla, que guarda en su corazón, a través del tiempo, una lucecita de generación inextinguible hacia el poeta!

Todas las mañanas, Machado salía de la casita de la calle de los Desamparados y ascendía trabajosamente la de Escuderos hasta la plaza Mayor. Después, por la llamada calle Real, bajaba al Azoguejo, para volver a subir la dura cuesta de la calle del Angelete—hoy Ruiz de Alda—paralela al Acueducto, hasta el amplio caserón del Instituto General y Técnico. Su alta y robusta figura, un poco bamboleante, discurría a diario por las viejas calles segovianas—tan afines a su espíritu—, con un andar despacioso y sumido en la honda meditación del que va escuchando las voces de su alma.

Converso con el hombre que siempre va conmigo...

Por las tardes, algunas veces, solía concurrir a una tertulia literaria que, primero en el café Juan Bravo y después en el de La Unión, habíamos constituido el grupo de amigos que entonces nos adiestrábamos en el martirio de la pluma, víctimas del morbo literario. Machado gustaba de escuchar a todos y reía de buena gana las ocurrencias o los donaires de los más agudos, si bien su risa nunca fué estridente ni ruidosa. También con frecuencia él refería anécdotas de personajes diversos, que su fina gracia sevillana hacía particularmente gustosas, aunque no podía prescindir de exagerarlas en cierto modo, aunque atenuado, muy andaluz. Recuerdo anécdotas referentes a Ricardo Calvo, al Duque de Amalfi, a Villaespesa, a Alejandro Sawa, a Baroja que le oí contar en algunas ocasiones, con evidente donosura. Anécdotas, asimismo, de viajes o de exámenes a las que sabía dar una gracia flúida. Invariablemente, el gotear de la taza del café en sus ropas y la adherencia de la ceniza del cigarro, iban añadiendo nuevas manchas en sus trajes, precio de su innata distracción.

163 También, de cuando en cuando, solía concurrir al taller que el ceramista Fernando Arranz—hoy en Buenos Aires—tenía instalado en la vieja capilla de San Gregorio, cerca del Alcázar, ya desaparecida, donde prolongábamos la tertulia del café. Remedo próximo de un taller florentino del Renacimiento, el estudio de Fernando Arranz daba acogida a pintores, escultores, músicos, etc., que pasaban por Segovia procedentes de todos los meridianos. En aquel taller cinceló el escultor argentino Fioravanti, pintaron el norteamericano Ben Silbert y los argentinos Pedone y Guido y tocó una noche estival un gran pianista ruso, mientras la enorme llama del horno que bruñía los esmaltes, iluminaba con rojos reflejos los contornos del taller.

164 Algunos atardeceres salíamos con Machado de paseo por los alrededores de la ciudad, cuyo paisaje ponía en el alma del gran poeta resonancias muy queridas. Hablaba sencilla, pero elocuentemente, más atento a la enjundia del pensamiento que a lo florido de la expresión. No obstante, era un conservador amenísimo, que sabía salpicar sus frases con característicos matices de ironía, diciendo las cosas más profundas y certeras con el tono menos doctoral que he oído. Como a los niños, le divertían los episodios aparentemente más simples. Recuerdo haberle visto reír de la mejor gana, contemplando cómo un catedrático, amigo suyo, perseguía a pedradas por el río, un barco primoroso de papel, que le había costado dos horas de paciente trabajo. Otras veces, eran las impetuosas fantasías de Emiliano Barral, los despropósitos de Juanito Cáceres o el relato de las andanzas del profesor de Matemáticas, lo que le causaba un gran regocijo, lleno de indulgente afecto por otra parte.

165 Mientras duraba el curso académico, Machado íbase a Madrid todos sábados, en el tren de la tarde, para regresar invariablemente los lunes. En aquel mismo tren solían viajar de igual modo los sábados, unas profesoras, nada agraciadas en su aspecto físico, y don Antonio bautizó el convoy sabatino, con el nombre de «Tren de las Euménides». En ocasiones, le acompañábamos hasta la estación del ferrocarril caminando a lo largo del Paseo Nuevo. Machado hacía aquellos viajes en tercera clase, casi siempre en el último vagón del convoy, para contemplar el panorama del camino desde la postrer plataforma,

que él denominaba «el balcón de los paisajistas». Recordad aquellos versos del libro «Nuevas Canciones», que dedicó al grupo de jóvenes poetas que en el año 1923, vinieron a Segovia para visitar a don Antonio:

Por donde el tren avanza, sierra augusta,
ya te sé, peña a peña y rama a rama;
conozco el agrio olor de tu romero,
vi la amarilla flor de tu retama;
los cantuesos morados, los jarales
blancos de primavera; muchos soles
incendiar tus desnudos berrocales,
reverberar en tus macizas moles...

Como quiera que yo estudié en la Escuela Normal, no tuve ocasión de apreciarle en su tarea docente. Sin embargo, oí a compañeros míos de entonces, discípulos suyos, que era un buen catedrático, cuya bondad, asimismo, resultaba gran consuelo a la hora de las angustias estudiantiles de los exámenes. Recuerdo, a este propósito, haberle escuchado referir una anécdota que demuestra la indulgente bondad de su trato con los discípulos: parece ser que un día, en época de exámenes, se le presentó, muy apurado, el padre de un estudiante, para pedirle que hiciese lo posible por su hijo. Machado, siempre dispuesto a la compasión, recomendó a aquel señor que su niño se estudiase la lección primera del programa de la asignatura.

Y cuando, al siguiente día, el muchacho compareció ante el tribunal de examen, antes de que mirase la bola tradicional extraída del bombo fatídico, le preguntó Machado:

—Es la lección primera ¿verdad?

Pero el niño, cándidamente, miró la bola y respondió con gesto compungido:

—No, señor; es la catorce.

—Bueno, no importa—atajó Machado—; dime algo de la primera.....

—¡Querrán ustedes creer—exclamaba el gran poeta—que el pajolero niño no se la había estudiado!

Yo no se por qué, siempre he relacionado esta anécdota con lo que Machado dice en su «Juan de Mairena», cuando escribe:

«Mairena era, como examinador, extremadamente benévolo. Suspendía a muy pocos alumnos, y siempre tras exámenes brevísimos. Por ejemplo:

—¿Sabe usted algo de los griegos?

—Los griegos....., los griegos..... eran unos bárbaros...

—Vaya usted bendito de Dios.

—¿Eh?

—Que puede usted retirarse.

Era Mairena—no obstante su apariencia seráfica—hombre, en el fondo, de malísimas pulgas. A veces recibió la visita airada de algún padre de familia que se quejaba, no del suspenso adjudicado a su hijo, sino de la poca seriedad del examen. La escena violenta, aunque también rápida, era inevitable:

—¿Le basta a usted ver a un niño para suspenderlo—decía el visitante—, abriendo los brazos con ademán irónico de a sombro admirativo?

Mairena contestaba, rojo de cólera y golpeando el suelo con el bastón:

—Me basta ver a su padre.»

Yo conocí personalmente a Machado en 1922. Por entonces, ya el sarampión literario me había mordido, produciéndose una intensa fiebre que sólo se calmaba escribiendo versos horribles y prosas tan malas como los versos. Forzosamente, para un muchacho que comenzaba su aprendizaje poético y literario, el hecho de conocer al más alto poeta de su época, había de constituir algo verdaderamente fascinador, ante cuya envergadura todos los demás acontecimientos se reducían a límites desprovistos de importancia.

Pero aquella fascinación que en mí produjo el hecho de mi amistad con don Antonio, unida a una insensatez muy propia de la inexperiencia, me llevó a ocasionarle a Machado tremendas tabarras que él soportó, con inagotable paciencia, dando una prueba más de la enorme bondad de su corazón. Es el caso que, durante bastante tiempo, a la caída de la tarde, yo me presentaba todos los días en la casita de la calle de los Desamparados, a buscar a don Antonio, para salir con él de paseo. Inmediatamente, dejaba su trabajo y marchaba conmigo. Ibamos siempre por el camino de Santa Lucía, hacia la Fuencisla,

o por la Alameda ribereña del río, donde las aguas fugitivas del Eresma dicen su engreída canción.

Con frecuencia, yo le leía, mientras caminábamos, las cosas que se publicaban entonces y que estaban al alcance de mi fortuna: novelitas cortas de Pérez de Ayala, Baroja, Azorín, etcétera. Y, con bastante frecuencia también, desdichadamente, le destrozaba los oídos con mis horriblos versos o con los cuentos insulsos que salían de mi pluma. Jamás hizo objeción alguna a aquel insensato proceder mío, y hasta me daba de cuando en cuando maravillosos consejos literarios o me corregía bondadosamente mis fenomenales errores. Recuerdo, por ejemplo, que él me explicó una tarde, mientras caminábamos por la carretera de Arévalo, pasada la Fuencisla, la diferencia entre los adjetivos céreo y cerúleo, que yo, naturalmente, siempre empleaba de modo equivocado.

Ya anocheciendo, regresábamos por el mismo camino silenciosos. A veces, se oía el silbido de los sapos y por entre los árboles sonaba el grito del cuco, persistente. Y yo gocé entonces el privilegio inapreciable de oír recitar a Machado algunas veces, mientras ascendíamos el camino de Santa Lucía, donde a trechos ardía el verde temblor de las luciérnagas, versos de Verlaine, Baudelaire y Heredia, que él decía en francés, con sonora entonación y vibrante ritmo, poniendo en mi alma ávida una melodía inefable. Lentamente, subíamos por la puerta de San Cebrián, bajo el dentado empaque de la muralla, envueltos en los acordes de la Banda de niños del Hospicio, que ensayaba a aquellas horas vesperales. Y remontando el áspero repecho de la antigua calle de la Estrella, yo dejaba a don Antonio a la puerta de su casita, en la calle de los Desamparados.

¿Cuánto tiempo duró aquella desdicha conducta mía que me empujaba a correr todas las tardes en busca de don Antonio, arrancándole de su trabajo para conducirlo al campo de paseo? No lo sé con certeza, aunque supongo que fué lo bastante para dejar bien cimentada mi insensatez. Un amigo me hizo ver cierto día lo molesta que podría estarle resultando a Machado mi contumacia, y entonces una extraordinaria timidez se apoderó de mi ánimo y suspendí totalmente aquel modo de obrar. Poco

más tarde, el servicio militar me llevó a tierras africanas y pasé mucho tiempo sin ver al gran poeta, cuyos versos iban en mi mochila de soldado por los áridos caminos, las posiciones y campamentos marroquíes. No he sabido nunca si Machado se quejó de aquellos paseos a que yo le arrastraba todas las tardes. A mí jamás me hizo alusión alguna y siguió dispensándome hasta su marcha de Segovia, de una bondadosa cordialidad. Pero ello no es obstáculo para que el remordimiento me haya asaltado muchas veces. Claro es que, en descargo de mi conciencia, tengo el que aquella conducta mía estaba originada por una veneración y admiración fervorosa hacia la figura del gran poeta.

Yo podría extenderme mucho tiempo en referir aspectos de la vida segoviana de Antonio Machado, pero como no quiero originar a ustedes otra lata como aquéllas que el gran poeta me soportó resignadamente, voy a terminar estas cuartillas, puesto que el móvil fundamental de este acto es el gustar la emoción de sus versos y no el sufrir mi prosa anodina.

Machado salió de Segovia el año 1932, destinado a un Instituto de Madrid. Su paso por la vieja ciudad del Acueducto, dejó huella profunda en la vida cultural de la misma, singularmente en la existencia de la Universidad Popular Segoviana, que él contribuyó en gran medida a establecer y a la que prestó su enorme prestigio y autoridad. Base de la que luego llegaría a ser nutrida biblioteca circulante de aquel Centro, fueron las donaciones de libros hechas por don Antonio, a la naciente Institución, por la que fueron pasando, a lo largo de más de treinta años de existencia, las más destacadas figuras de la intelectualidad española. Se ha dicho por un biógrafo de los Machados que don Antonio visitó personalmente a las autoridades y personalidades segovianas, a fin de recabar apoyo para la fundación de la Universidad Popular. Ello no es exacto, pues cuando Machado llegó a Segovia, a finales de noviembre de 1919, la idea de la creación de dicho Centro ya estaba en marcha. Sin embargo, es seguro que se incorporó inmediatamente al grupo fundador ya que, en un escrito dirigido a los poderes públicos, a primeros de diciembre, solicitando la protección para la Universidad, ya aparece la firma de don Antonio, precisamente a

continuación de nuestro querido compañero, don Mariano Quintanilla.

De aquel grupo de amigos que nos honramos un día con la amistad del gran poeta, pocos quedamos en Segovia. Unos, murieron; a otros, el destino les llevó a diversas tierras..... zarandeados por las tolvaneras del tiempo. Pero los que vivimos, recordaremos siempre la noble figura de Machado—admirable aún en su habitual desaliño—, que esparcía en torno una atmósfera de bondad serena, de afable sencillez.

Yo podré extenderme mucho tiempo en referir aspectos de la vida segoviana de Antonio Machado, pero como no quiero originar a ustedes otra lata como aquellas que el gran poeta me

solicitó resignadamente, voy a terminar estas cuartillas, puesto que el móvil fundamental de este acto es el gustar la creación de sus versos y no el sentir mi prosa añorosa.

Machado salió de Segovia el año 1922, destinado a un título de Madrid. Su paso por la viciosa ciudad del Acuerdo, dejó huella profunda en la vida cultural de la misma, singularmente en la existencia de la Universidad Popular Segoviana, que él contribuyó en gran medida a establecer y a la que prestó su enorme prestigio y autoridad. Base de la que luego llegaría a ser nutrida biblioteca circulante de aquel Centro, fueron las donaciones de libros hechas por don Antonio, a la naciente institución, por la que fueron pasando, a lo largo de más de treinta años de existencia, las más destacadas figuras de la intelectualidad española. Se ha dicho por un biógrafo de los Machados que don Antonio visitó personalmente a las autoridades y personalidades segovianas a fin de recibir apoyo para la fundación de la Universidad Popular. Ello no es exacto, pues cuando Machado llegó a Segovia, a finales de noviembre de 1919, la idea de la creación de dicho Centro ya estaba en marcha. Sin embargo, es seguro que se incorporó inmediatamente al grupo fundador ya que, en un escrito dirigido a los poderes públicos, a primeros de diciembre, solicitando la protección para la Universidad, ya aparece la firma de don Antonio, precisamente a

EL PENSAMIENTO DE ANTONIO MACHADO

POR

MARIANO QUINTANILLA

Extracto de la conferencia dada en
los Cursos de Verano de Segovia
el 27 de julio de 1951

La obra de Antonio Machado es cada día más estudiada. En revistas españolas y extranjeras aparecen artículos que valoran su poesía, como uno de los maestros de nuestra literatura contemporánea, o que relatan diversos aspectos de su vida, pero nos falta un estudio sobre sus ideas, su concepción del mundo, sin la cual el poeta no es sino un grillo que canta a la luna, para decirlo con sus mismas palabras.

Antonio Machado tenía preparación filosófica. Ya catedrático, se había licenciado en la Facultad de Madrid y su última estancia en París fué como pensionado, para seguir un curso profesado por Bergson en el Colegio de Francia, cuya doctrina ejerció en él gran influencia y sobre la cual pensó alguna vez componer su tesis doctoral, que quedó sin escribir. Conocía sólidamente las obras fundamentales de la filosofía griega y de la moderna y su espíritu profundo y reflexivo gustaba de la meditación sobre los problemas últimos.

No es fácil bosquejar su pensamiento. No era éste sistemático, como insiste más de una vez; no pretendía descubrir verdades ignotas ni cristalizar su doctrina en determinadas fórmulas, sino solamente exponer sinceramente sus dudas y opiniones, a veces con un fondo de humanismo andaluz, benévolo y antiguo. Podemos estudiar su filosofía en las poesías de su última época, en sus prólogos y contestaciones a encuestas y, sobre todo, en sus apuntes acerca de Juan de Mairena, contra-

figura del autor, donde expone burla burlando sus reflexiones.

Acaso por influencia bergsoniana, afirmaba la semejanza entre filósofos y poetas. Así, Juan de Mairena predecía que éstos habían de cantar las grandes hazañas metafísicas, expresando su asombro por la mayor de todas, la que piensa el ser fuera del tiempo, la esencia separada de la existencia; mientras los filósofos llegarían a un existencialismo, fundamentado en el tiempo, para hablar de la angustia del ser junto a la nada.

«Los grandes poetas son metafísicos fracasados. Los grandes filósofos son poetas que creen en la realidad de sus poemas». Los poetas pueden aprender de los filósofos el arte de las imágenes inmortales por su valor lírico y didáctico (el río de Heráclito, la lira de Pitágoras, la caverna de Platón, la paloma de Kant) y a conocer la natural «aporética» de nuestra razón; mientras que a los filósofos puede servir de estímulo el escepticismo de los poetas. Unos van de la poética a la filosofía, otros al revés, pero lo inevitable es ir de lo uno a lo otro.

Antonio Machado parte de una actitud crítica de escepticismo radical. Para él, la duda es una actitud natural ¿Cómo es posible, dice, que nadie haya dudado nunca de nada? «La inseguridad, la incertidumbre, la desconfianza, son acaso nuestras únicas verdades. Hay que aferrarse a ellas... Si damos en poetas es porque, convencidos de esto, pensamos que hay algo que va con nosotros digno de cantarse. O si os place, mejor, porque sabemos qué males queremos espantar con nuestros cantos». («Juan de Mairena», 299). Ya había expresado algo análogo en sus versos de juventud:

Cantad conmigo en coro: Saber, nada sabemos,
de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos...
y entre los dos misterios está el enigma grave;
tres arcas cierra una desconocida llave.
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña,
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?

El problema de la percepción del mundo externo queda intacto, dice Juan de Mairena, «si consideramos la conciencia como un espejo que copia, reproduce o representa imágenes, mientras no se pruebe que los espejos ven las imágenes que en

ellos se forman, o que una imagen en la conciencia es la conciencia de una imagen» (144). Y menos se puede decir que traduce un mundo escrito en otra lengua, pues si la desconoce, mal puede traducir, y si la conoce, no es necesario; y aún menos aceptable es la concepción pragmatista de la conciencia como algo útil y el mundo como resultado de esta selección, pues el acto de elegir supone una previa conciencia. No se explica mejor el recuerdo, tan inexplicable como el vaticinio. «Os aconsejo —continúa Mairena— que os asombréis de las tres cosas: recuerdo, percepción y vaticinio, sin preferencia por ninguna de las tres. De este modo ganaréis en docta ignorancia, mejor diré, en ignorancia admirativa, cuanto perdáis en saber ficticio o inseguro». (285).

La lógica sofisticada de Juan de Mairena desconoce la significación del principio de identidad, puesto que no podemos probar que nada pertenezca idéntico a sí mismo, ni aun nuestro pensamiento, ya que no hay modo de pensar algo como igual a sí mismo sin pensarlo dos veces y, por tanto, como algo distinto, al menos en el tiempo. Lo mismo hemos de decir del principio de contradicción, pues el ser carece de contrario. En cuanto a «los conceptos de cambio y de movimiento son tan distintos que no es posible asimilar el uno al otro. Lo que se mueve—si algo se mueve—no puede cambiar; lo que cambia—si algo cambia—no puede moverse». (158). Ya Zenón de Elea, en sus famosas aporías, mostró la dificultad de concebir el movimiento. Si el cambio y el movimiento son realidades y son irreductibles, la realidad ha de ser absolutamente heterogénea. «Tal fué el problema—acaba burlonamente—que dejó mi maestro para entretenimiento de los desocupados del porvenir». (131).

Ante este radicalismo, observa un alumno de Mairena, que el más desenfrenado idealismo, el de Berkeley, vacila en sostener el famoso principio *esse=percipi*, que lleva a la monstruosidad del solipsismo. El profesor apócrifo redarguye que el solipsismo será o no verdadero, pero no es absurdo, sino la conclusión inevitable de todo subjetivismo extremado y que sólo un pensamiento pragmático, profundamente ilógico, puede afirmar la existencia del prójimo con igual seguridad que la propia. Ambos convienen, después de intervenir el oyente, que

si el prójimo es un fantasma, es un fantasma de mala sombra, esto es, que puede pagarme en la misma moneda, que puede convertirme en fantasma suyo. Con esta nueva broma se trunca la discusión, relacionada, como luego veremos, con el concepto del ser.

Ahora bien, contra el escepticismo se esgrime el antiguo argumento «contra escépticos», que, según Mairena, no ha convencido a ningún escéptico, porque la gracia de éste está en que los argumentos no le convencen, como él no pretende convencer tampoco. Mairena no se detiene en la suspensión de juicio, sino que, como el viejo Arcesilao, aconseja una posición escéptica frente al escepticismo. «Cuando pienso que la verdad no existe, pienso, además, que pudiera existir, precisamente por haber pensado lo contrario, puesto que no hay razón suficiente para que sea verdad lo que yo pienso, aunque tampoco demasiada para que deje de serlo. De ese modo nadáis y guardáis la ropa, dáis prueba de modestia y eludís el famoso argumentro contra escépticos, que lo es sólo contra escépticos dogmáticos». (106). En otra ocasión, dice que el escepticismo, lejos de ser un afán de negarlo todo, es el único medio de defender algo.

No alcanzar la verdad ¿es triste? Mairena, esto es, Antonio Machado, parece aceptarlo en parte, cuando escribe que el fondo de su pensamiento es triste, pero él no lo es ni cree que entristezca a nadie, pues la falta de adhesión a su propio pensar le libra de su maleficio, y más profunda que él es la confianza en su inania (*Hora de España*, XVII). Antes había expresado lo mismo en sus versos:

Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos.

Esta actitud produce una segunda inocencia que le consuela de anteriores desengaños:

En mi soledad
he visto cosas muy claras,
que no son verdad.

En uno de sus últimos escritos (En *Hora de España*, 1937, XV) insiste Machado en su subjetivismo: «Si la verdad es una, es una para cada uno. Y no veáis en esto que os digo la más leve contradicción. Vedla, en cambio, y muy grave, en pensar más allá de cada uno una verdad igual para todos; porque sería la más arbitraria de todas las hipótesis». Cada ser es tan diferente, tan «heterogéneo» del otro. (Nunca consigo sumar individuos, dice otra vez), que sólo convienen en el pensar del no ser: «Sólo la Nada, el gran regalo de la Divinidad, puede ser igual para todos. En su dominio empieza y en él se consume el acuerdo posible entre los hombres que llamamos objetividad. En él se inicia también la actividad específicamente humana del sujeto, que es, precisamente, nuestro pensar en la Nada».

¿Cómo salir de este subjetivismo? Si el escepticismo nos lleva a dudar de las hipótesis metafísicas y también a dudar de que hayan sido definitivamente refutadas ¿en qué nos basamos para estas afirmaciones? «Elas reposan sobre creencias últimas, que tienen raíces muy hondas... Tampoco ha de entenderse que nuestras creencias sean, en general, más verdaderas que nuestras razones, sino que son más persistentes, más tenaces, más duraderas y que son ellas también—las creencias y por ende las hipótesis metafísicas—más fecundas en razones que las razones en creencias». (En *Hora de España*, XII). Vemos aquí la influencia de Unamuno, cuando contrapone la razón que niega al sentimiento que afirma, la manifestación de un psicologismo que salve del naufragio de la lógica.

Esto mismo había expresado Antonio Machado anteriormente en «Juan de Mairena» (212): «Por debajo de lo que se piensa está lo que se cree, como si dijéramos en una capa más honda de nuestro espíritu. Hay hombres tan profundamente divididos consigo mismos, que creen lo contrario de lo que piensan. Y casi, me atreveré a decir, es ello lo más frecuente». Vemos aquí una nueva coincidencia con Unamuno, con su actitud agónica. A veces coexisten una fe religiosa y otra metafísica contradictorias, o sea, que extiende el poeta al entendimiento la ambivalencia válida en el orden sentimental, y aquí entra un nuevo psicologismo al afirmar como ambivalencia lo que es manifestación sucesiva de creencias contrapuestas.



Con igual vigor expresa esta oposición del ser en otro pasaje (*Hora de España*, XII): «Creencia es muy tenaz en nuestra conciencia, hasta el punto de convertirse en un principio director de nuestro pensamiento, la creencia en la mismidad de lo absoluto. Que todo, a fin de cuentas, sea uno y mismo es creencia racional de honda raíz. La razón misma, se piensa, no podría ponerse en marcha si en su camino de lo uno a lo otro no creyera que lo otro no podía ser al fin eliminado. Y esto parece tan cierto como... lo contrario, a saber: que sin lo *otro*, lo esencial y perdurablemente *otro*, toda la actividad racional carecería de sentido. De modo que todo el trabajo de nuestra inteligencia va acompañado de dos creencias contradictorias: en la existencia y en la no existencia de lo otro...» Este texto es de 1937 y acaso no haya ningún otro tan expresivo del pensamiento profundo y antidogmático de Antonio Machado y de su modo de ser: de la modestia con que confiesa la incapacidad humana para resolver estas dudas. Cuando estudia la contraposición entre razón y fe, tiene una fina observación psicológica al contraponer a la fe en la creencia, no la razón, sino la fe en la razón.

A pesar de su actitud dudosa y vacilante, Juan de Mairena, parece que se decide entre sus dos creencias heterogéneas cuando dice: «A última hora, siempre habrá un alguien enfrente de un algo, de un algo que no parece necesitar de nadie». (336).

La razón humana analiza y disuelve, pero quien razona afirma la existencia del prójimo, la necesidad del diálogo, la posible comunicación mental entre los hombres. La sofística griega hubiera llevado al solipsismo si no la hubiera superado la fe platónica en las ideas trascendentes, iguales para todos, intuibiles e indeformables por el pensamiento individual. «Lo esencial del platonismo es una fe en la realidad metafísica de la idea, que los siglos no han logrado destruir.» (96)

Esta fe idealista ha sido perturbada, pero no muerta, por gran parte de la filosofía moderna, mas la creencia en el verdadero ser de lo pensado surgirá de nuevo cuando se debilite la fe kantiana en la no intuitividad del intelecto.

Esta aspiración al objetivismo se manifiesta en algunos de los versos de la edición de 1928:

EL PENSAMIENTO DE ANTONIO MACHADO

La verdad es lo que es
y sigue siendo verdad
aunque se piense al revés.

¿Tu verdad? No, la Verdad,
y ven conmigo, a buscarla.
La tuya, guárdatela.

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

Pero no basta la gran hazaña platónica para curar la soledad del hombre, «no basta la razón, el invento socrático, para crear la convivencia humana; ésta precisa también la comunión cordial, una convergencia de corazones en un mismo objeto de amor. Tal fué la hazaña de Cristo». (96). Contra el particularismo judaico, contra el sentido patriarcal de la historia milita la palabra de Cristo. Su enseñanza de que sólo hay un Padre común que está en los cielos es la idea cordial que funda para siempre la fraternidad de los hombres. «¿Deberes filiales? Uno y no más: el amor de radio infinito hacia el padre de todos, cuya impronta, más o menos borrosa, llevamos todos en el alma... Y como triunfa Sócrates de la sofística protagórica, alumbrando el camino que conduce a la idea, a una obligada comunión intelectual entre los hombres, triunfa el Cristo de una sofística erótica, que fatiga las almas del mundo pagano, descubriendo otra suerte de universalidad: la del amor.» (98)

Esta exaltación del amor, de la *charitas* cristiana, ya la había cantado el poeta en su «Profesión de fe», donde juega con los dos sentidos del concepto de Dios, el psicológico y el ontológico, en contraposición de bello efecto lírico:

Dios no es el mar, está en el mar; riela
como luna en el agua, o aparece
como una blanca vela;
en el mar se despierta o se adormece.
Creó la mar, y nace
de la mar cual la nube y la tormenta;
es el Creador y la criatura lo hace;
su aliento es alma, y por el alma alienta.
Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste,



y para darte el alma que me diste
en mí te he de crear. Que el puro río
de caridad que fluye eternamente,
fluya en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,
de una fe sin amor la turbia fuente!

Otra hermosa poesía de la misma época nos dice:

Yo amo a Jesús que nos dijo:

Cielo y tierra pasarán.

Cuando cielo y tierra pasen
mi palabra quedará.

¿Cuál fué, Jesús, tu palabra?

¿Amor? ¿Perdón? ¿Caridad?

Todas tus palabras fueron
una palabra: Velad.

Como no sabéis la hora

en que os han de despertar,

os despertarán dormidos,

si no veláis: despertad.

En muchas de sus poesías vemos como un anticipo, generalmente en forma concentrada y aun enigmática, del pensamiento que Antonio Machado habría de explicar más tarde, por boca de Juan de Mairena. Ese deseo de saltar de lo uno a lo otro, de superar la dramática heterogeneidad del ser, la manifiesta en unos de sus versos menos felices, pero más expresivos:

Poned atención:

Un corazón solitario

no es un corazón.

Y con mayor hondura y perfección:

¡Oh fe del meditabundol

¡Oh fe después del pensar!

Sólo si viene un corazón al mundo

rebose el vaso humano y se hincha el mar.

El mismo Mairena, con su expresión sencilla, enseña a sus discípulos que «Dios aparece como objeto de comunión cordial que hace posible la fraterna comunidad humana» Dios supera

la heterogeneidad del ser sin posible denominador común. Dios se revela en el corazón del hombre, «se revela al descubrirse, simplemente al mirarnos, como un *tú de todos*, objeto de comunión amorosa, que de ningún modo puede ser un *alter ego* —la superfluidad no es pensable como atributo divino— sino un *Tú que es Él.*» (217) Con emoción y belleza extraordinarias nos revela después el mismo Mairena, cómo tras de los juegos dialécticos, late un hondo deseo de salvación: «Esta misma desconianza de su propio destino y esta incertidumbre de su pensamiento, de que carecen acaso otros animales, van en el hombre unidas a una voluntad de vivir que no es un deseo de perseverar en su propio ser, sino más bien de mejorarlo. El hombre es el único animal que quiere salvarse, sin confiar para ello en el curso de la Naturaleza. Todas las potencias de su espíritu tienden a ello, se enderezan a este fin. El hombre quiere ser otro. He aquí lo específicamente humano. Aunque su propia lógica y natural sofística lo encierren en la más estrecha concepción solipsística, su mónada solitaria no es nunca pensada como autosuficiente, sino como nostálgica de lo otro, paciente de una incurable alteridad... Sólo el pensamiento del hombre, a juzgar por su misma conducta, ha alcanzado esa categoría supralógica del deber ser o *tener que ser lo que no se es*, o esa idea del bien que el divino Platón encarama sobre la del ser mismo y de la cual afirma con profunda verdad que no hay copia en este bajo mundo». (301).

Al colocar Antonio Machado el corazón sobre la inteligencia, poner la esperanza como principal verdad y exaltar la caridad, el amor al prójimo, se revela, según se ha indicado por algún autor, como un gran poeta cristiano, a pesar de su formación en el racionalismo y la filosofía subjetivista de su época.

Como todos los escritores de la generación del 98, a la que pertenece, tuvo Machado la preocupación patriótica, deseaba una España mejor, que superase las dos que consideraba como rémora, la que muere y la que bosteza. Aconsejaba un perfeccionamiento constante, a base de una crítica severa que estimulara el mejoramiento. «Yo siempre os aconsejaré que procuréis ser mejores de lo que sois; de ningún modo que dejéis de ser españoles. Porque nadie más amante que yo ni más convencido

de las virtudes de nuestra raza. Entre ellas debemos contar la de ser muy severos para juzgarnos a nosotros mismos, y bastante indulgentes para juzgar a nuestros vecinos. Hay que ser español, en efecto, para decir las cosas que se dicen contra España. Pero nada advertiréis en esto que no sea natural y explicable. Porque nadie sabe de vicios que no tiene, ni de dolores que no le aquejan. La posición es honrada, sincera y profundamente humana». (*Juan de Mairena*, 83). Añade que los que hablan de España como una razón social que hay que acreditar en el mercado mundial, para quienes la ocultación de vicios son deberes patrióticos, serán buenos patriotas, si se quiere, al concebir España como una entidad batallona y no ser prudente revelar el lado flaco, pero no serán buenos españoles, ya que «pensar así es profundamente antiespañol. España no ha peleado nunca por orgullo nacional, ni por orgullo de raza, sino por orgullo humano o por amor de Dios, que viene a ser lo mismo». (84).

La educación social, la política, es pues, disciplina admirable, pero no tan respetable en su aplicación inmediata, en el sentido peyorativo de la palabra política. Juan de Mairena, como buen escéptico, es conservador, ya que teme las innovaciones; el problema es saber lo que se debe conservar, que sólo se plantean los más inteligentes, esos buenos conservadores a quienes lapidan sus correligionarios y sin los cuales pasarían las revoluciones sin dejar rastro. (213) La sutil distinción de ideas y creencias se manifiesta en la política, y más en épocas de crisis, en forma de súbitas conversiones, cambios inopinados, que se reputan insinceros y se atribuyen al interés personal, porque la frivolidad política sólo ve la superficie. Advierte, sin embargo, a los tradicionalistas que la historia es irreversible, que si hay valores eternos, no han pasado y no tienen por qué restaurarse y que todo reaccionarismo consecuente termina en la caverna. A su vez, aconseja a los arbitristas y reformadores de oficio que muchas cosas que están mal fuera están bien por dentro y viceversa, que no basta mover para renovar ni renovar para mejorar y que no hay nada que no sea absolutamente impeorable. Dice también que de cada diez cosas nuevas, nueve no son buenas, y la que queda, resulta que no era nueva.

Como se ve, predica una actitud de prudencia y cautela.

En cuanto a la formación individual, a la educación propiamente dicha, Antonio Machado no podía mostrarse indiferente, pues fué problema que vió preocupaba a sus progenitores y a sus primeros maestros, a los que guardaba perpetua gratitud. Sin embargo, no tenía afición a la enseñanza, acaso porque sus alumnos fueran demasiado jóvenes y tuvieran preparación insuficiente. Sus travesuras le disgustaron más de una vez y su mal humor se manifiesta cuando Mairena reputa a Herodes como el mejor pedagogo de todos los tiempos. Se declara contrario al autodidactismo, por estimar que los maestros enseñan bien muchas cosas que un hombre solo estudia mal. También es opuesto a la educación física, pues no hay peor camino que la gimnasia y los deportes, ejercicios mecanizados, para crear hábitos saludables.

La difusión de la cultura es aconsejable, pues no se degrada con ello, ya que lo espiritual se acrecienta al propagarse. La dignidad del hombre debe enriquecerse con los bienes culturales, por eso Mairena proyectaba crear una Escuela Popular de Sabiduría Superior, para educar a un pueblo, como el español, maravillosamente dotado, al que no se ha logrado entontecer.

Especial interés tienen las opiniones estéticas de Antonio Machado. En 1917, en el prólogo a sus «Poesías escogidas» de la Editorial Calleja, aconseja la autenticidad poética cuando dice: «Somos víctimas de un doble espejismo. Si miramos afuera y procuramos penetrar las cosas, nuestro mundo externo pierde en solidez y acaba por disipársenos cuando llegamos a creer que no existe por sí, sino por nosotros. Pero si, convencidos de la íntima realidad, miramos adentro, entonces todo nos parece venir de fuera y es nuestro mundo interior, nosotros mismos, lo que se desvanece. ¿Qué hacer entonces? Tejer el hilo que nos dan, soñar nuestro sueño, vivir; sólo así podremos obrar el milagro de la generación. Un hombre atento a sí mismo y procurando auscultarse, ahoga la única voz que podría escuchar: la suya; pero le aturden los ruidos extraños. ¿Seremos, pues, meros espectadores del mundo? Pero nuestros ojos están cargados de razón y la razón analiza y disuelve».

Al corregir su obra, el poeta suele empeorarla, porque co-

rrige por juicios, que son de todos, mientras que crea por intuiciones, que es lo propio. Se aplica, pues, la medida ajena al paño propio y nos apartamos de nosotros mismos.

¿Cuál es la esencia de la poesía? «Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitation del espíritu; lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta animada al contacto del mundo. Y aun pensaba que el hombre puede sorprender algunas palabras de un íntimo monólogo, distinguiendo la voz viva de los ecos inertes; que puede también, mirando hacia dentro, vislumbrar las ideas cordiales, los universales del sentimiento».

En sus versos, expresa la misma idea de distinguir las voces de los ecos, de dejar a estéticos y críticos que estudien al poeta, pues la misión de éste es de creación y no de exégesis, de decir su puro mensaje:

Despertad, cantores:
acaben los ecos,
empiecen las voces.

Cantores, dejad
palmas y jaleo
para los demás.

Nunca traces tu frontera,
ni cuides de tu perfil;
todo eso es cosa de fuera.

En 1931, en la *Antología* de Gerardo Diego, expresó Antonio Machado su pensamiento sobre la poesía con la elegancia y la precisión que había alcanzado su prosa, pensamiento que se desprende de sus ideas filosóficas: «La poesía es la palabra esencial en el tiempo. La poesía moderna, que a mi entender arranca, en parte al menos, de Edgardo Poe, viene siendo hasta nuestros días la historia del gran problema que al poeta plantean estos dos imperativos, en cierto modo contradictorios: esencialidad y temporalidad.»

«El pensamiento lógico, que se adueña las ideas y capta

lo esencial, es una actividad destemporalizadora. Pensar lógicamente es abolir el tiempo, suponer que no existe, crear un movimiento ajeno al cambio, discurrir entre razones inmutables. El principio de identidad—nada hay que no sea igual a sí mismo—nos permite anclar en el río de Heráclito, de ningún modo aprisionar su onda fugitiva. Pero al poeta no le es dado pensar fuera del tiempo, porque piensa su propia vida que no es, fuera del tiempo, absolutamente nada.»

A continuación, precisa más su pensamiento, en la forma que hemos visto anteriormente: «Se habla de un nuevo clasicismo y hasta de una poesía del intelecto. El intelecto no ha cantado jamás, no es su misión. Sirve, no obstante, a la poesía, señalándole el imperativo de su esencialidad. Porque tampoco hay poesía sin ideas, sin visiones de lo esencial. Pero las ideas del poeta no son categorías formales, cápsulas lógicas, sino directas intuiciones del ser que deviene, de su propio existir; son, pues, temporales, nunca elementos ácronos, puramente lógicos. El poeta profesa, más o menos conscientemente, una metafísica existencialista, en la cual el tiempo alcanza un valor absoluto. Inquietud, temores, angustia, resignación, esperanza, impaciencia que el poeta canta, son signos del tiempo y al par, revelaciones del ser en la conciencia humana.»

Estas notas, en las que tantos puntos de contacto con Bergson y con Heidegger vemos y que sería de desear fueran estudiados por buenos conocedores de ambos filósofos, las había adelantado en sus poemas:

No desdeñéis la palabra;
el mundo es ruidoso y mudo,
poetas, sólo Dios habla.

El mismo concepto repite cuando alude al parnasianismo y al simbolismo, como desviaciones de lo esencial en poesía:

Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo.

Canto y cuento es la poesía.
Se canta una viva historia,
contando una melodía.

Y como fondo de las ideas del poeta, a manera de una constante de la literatura española, nacida más que de la reflexión de la bondad congénita del autor, una invocación a hacer el bien, un anhelo de fraternidad y de vida sencilla, de «vivir como se puede»:

¿Dices que nada se crea?
No te importe, con el barro
de la tierra, haz una copa
para que beba tu hermano

¿Dices que nada se crea?
Alfarero, a tus cacharros.
Haz tu copa y no te importe
si no puedes hacer barro.

Aunque muy a la ligera, hemos señalado las notas fundamentales del pensamiento del gran poeta, que fué nuestro amigo y ennobleció con su presencia la vida de Segovia. Hemos visto que, como hombre moderno, llega a un extremo subjetivismo, del que sale, no por vía discursiva, sino por su bondad de corazón, que le enseña, según sus palabras, la profunda «alteridad» del hombre, su comunión cordial con el prójimo, como hijos de Dios. Así, después de haber negado, con su sofística, los universales del entendimiento, pudo salvarse al afirmar su creencia en los «universales del sentimiento».

EL TEATRO DE MACHADO

POR

ALFREDO MARQUERIE

Extracto de la conferencia dada en los
Cursos de Verano, el 28 de julio de 1951

El señor Marquerie habla sobre el teatro de los hermanos Machado y al comenzar sus palabras dice que todo cuanto atañe en este tema a Antonio, vale también para su entrañable hermano y colaborador Manuel. Recuerda hechos y dichos de ambos; de Antonio, en los divanes de rojo terciopelo del desaparecido Café de la Unión o en los paseos al borde del maravilloso paisaje del Eresma; de Manuel, en los vestíbulos y saloncillos de los teatros madrileños, juicios, opiniones y anécdotas, que dan la medida del concepto escénico de los Machados en vivo, lleno siempre de cultura y gracejo.

«Cuando hayáis leído cien comedias de Lope y de Calderón —hace decir Antonio a su profesor apócrifo Juan de Mairena—, comprenderéis cómo una gran literatura tiene derecho a descansar y os explicaréis el gran barranco poético del siglo xviii». Y, sin embargo, a pesar de esta afirmación, Antonio no descansó y nos legó en unión de su hermano Manuel, el tesoro literario de siete comedias que gozaron del favor del público y la estimación de la crítica, siete comedias, que por su fondo patético, su calidad literaria y humana, su emoción y su interés, figuran con justicia a la cabeza de la creación teatral contemporánea. Alguna de ellas, como «La Lola se va a los puertos», obtiene el Premio Nacional del Teatro, porque al maestro Barrios se le ocurre presentarla acompañada de una partitura. Y sin que los autores pudieran en vida adivinarlo, después de muertos, «La

Lola» queda convertida en un libro magistral de zarzuela grande—casi de ópera española—virtud cívica de las grandes creaciones teatrales.

Algo semejante ocurrió con «El hombre que murió en la guerra», comedia en prosa, no incluida en el volumen de las «Obras completas», y que se estrenó en el Español de Madrid, cuando ya Antonio había dejado de existir físicamente para ganar la gloria poética de la inmortalidad.

En esa pieza se proyecta una tesis intelectual y social: la influencia que la contienda del 14 al 18 ejerció sobre dos generaciones. Centra la obra un complejo de personalidad. Entiende el protagonista que, por haber salvado su vida en las trincheras, ha vuelto a nacer totalmente.

Juega pirandellianamente al «Matías Pascal». Cambia sus papeles por los de un hospiciano y comienza a vivir la existencia de ese personaje, hasta que es delatado y descubierto por los ojos del amor.

La técnica de esta pieza es deliberadamente discursiva e inmóvil, con voluntaria resurrección de monólogos y apartes. Cuando las figuras de ficción hablan, descubren su congoja de conciencia y la conciencia de su congoja, se confiesan al público. Y esto se relaciona con las modernas tendencias del teatro francés, que prescindiendo del naturalismo, vuelve a los recursos viejos, pero recapsulándolos psicoanalíticamente.

Antonio atribuye a su imaginario Mairena, un boceto de comedia en tres actos, «Don Nadie en la Corte», que da ciento y raya a las más osadas y avanzadas invenciones teatrales. La tarea escénica de los Machados posee entre otras muchas virtudes—tensión en las almas, pasión en el diálogo—, una originalidad extraordinaria.

Leído «Don Nadie en la Corte», se advierte cómo es una pieza antológica del teatro de juego, ensayo y experimento, género que Antonio supo también cultivar con tanta fantasía como ingenio.

Al hablar de la formación de estos dramaturgos, recuerda el conferenciante sus versiones y adaptaciones de obras famosas, como el «Hernani», de Víctor Hugo, y habla de su especial método de colaboración, donde Antonio asume un papel de in-

vención y creación exclusivamente, pero deja al cuidado de Manuel las gestiones internas de los estrenos, y cuenta cómo al escribir las obras, después de discutido el plan escénico, se repartían los cometidos, pudiendo rastrearse a través de los versos, la mano de uno y de otro y el pulimento mutuo.

Una de las características externas del teatro machadesco es la de saber combinar la llaneza del estilo con el primor verbal, cuando conviene, sin incurrir en defectos comunes a otros autores, pero no a los Machados, que siempre quisieron reflejar sobre las tablas el temblor poderoso, palpitante y, sobre todo, aleteante de la vida.

«Ningún comediógrafo hará nada vivo y gracioso, sin estudiar a fondo la dialéctica de los humores». Esta afirmación de Antonio conviene a todas sus invenciones, donde se corresponden exactamente el carácter y el diálogo. Si un personaje es aquiescente—explica—y exclama a cada momento «¡claro, claro!», el otro puede replicar: «¡oh, no tan claro!», porque en esta reacción contra el asentimiento, hay la definición de una psicología y no un diálogo repartido al tun-tun y sin ton ni son, que lo mismo puede ser dicho por uno que por otro.

En la creación teatral machadesca, existe una honradez inicial que se da pocas veces entre nosotros. No sólo es de acción y de costumbre. Es también de tesis y de caracteres—digamos con arreglo a la antigua terminología—. Lo que en todas las obras de los Machados apreciamos a primera vista, es la existencia de personas de carne y de hueso, con la más humana condición.

Se refiere el disertante al estreno de «Julianillo Valcárcel», delicioso pastiche del XVII, que desde los primeros versos suena a Lope y a Calderón. Es la aurea voz del siglo magno de nuestras letras y de nuestra escena, la que vuelve en esas estrofas de romance jugoso y garboso, musical y rotundo... Toda la trama constituye un auténtico alarde de reconstrucción histórica, de belleza y de imaginación.

Evoca la emoción de los espectadores en el día del estreno, cuando al llegar la escena quinta, del acto tercero, el protagonista condensa su estado de ánimo en nueve versos de antología... Fué ahí, en ese detalle de espiritual elegancia y de crea-

ción honrada, en ese rasgo por el cual los autores renunciaban al triunfo fácil de un parlamento, de una romanza, de un canto, que hubiera roto la tensión y la situación, donde el público se les rindió y entregó sin condiciones.

Por su acento y por su estilo, por su pureza neoclásica, por su animación y soltura de movimientos y de acción, «Desdichas de la fortuna», significó uno de los más claros logros del teatro poético actual, con resabios deliciosos de la manera de ayer.

Con la congoja envuelta en ironía de «Julianillo», con la mezcla de dolor y sonrisa, de gozo y de lágrimas, que define el agrisulce carácter de la tragicomedia, se apuntaba ya el trascendentalismo de todas sus obras, hasta de las más ligeras y vivaces. A este respecto recuerda los atinados juicios formulados sobre la materia por Nicolás González Ruiz.

En «Juan de Mañara», halla el conferenciante el mismo sentido y preocupación de lo trascendente: La luz de la fe sobre las sombras mortales que con el cuerpo se irán. La tremenda lección de muerte y vida de «Julianillo», se repite en la escena final de esta otra pieza. El protagonista agonizante, el «agonista» que diría Unamuno, musita: «Creo y veo»... Este patetismo, este impresionante aleteo del más allá, este metafísico sentido del teatro será la tónica de toda su labor.

Al hablar de «La Duquesa de Benamejí», insinúa el disertante cómo en esta comedia parece cumplirse la añoranza de Antonio por la España de Merimée. Después de aludir a su asunto, precisa: también aquí tiene más importancia el fondo que la forma, la intención que la peripecia. Lo que se busca al final es arrancar esa emoción dramática que nos sitúa de nuevo ante el conflicto teleológico del vivir y el morir. «Es la vida bien supremo—sólo el que adora imposibles—pueda verla con desprecio»... El bandolero nos dá en una dimensión escénica magníficamente concebida, la exultación, la exaltación de la existencia precisamente para que en la despedida del mundo alegre del amanecer, cobre el desenlace una grandeza trágica. De ese contraste, de ese contraluz, de ese aguafuerte de la serranía, fluye la emoción del conflicto eterno.

«La prima Fernanda»—nueva Cleopatra, sin Marco Antonio y sin César—, encierra un subrayado irónico importantísi-

mo. Es una visión de la vida y de la política hecha con trasfondo simbólico, bajo la historia de amores frustrados en que se resume su asunto. Burla burlando, el verso se pone al servicio de la sátira y de un modo sencillo y natural, sin ínfulas ni engolamientos—siempre ausentes del teatro de los dos hermanos—, fustiga y flagela a los que hicieron de la profesión de hombres públicos, granjería en beneficio propio y no del pueblo que en ellos depositó su confianza.

El verso es en ocasiones deliberadamente prosaísta, para no deshumanizar a los personajes con palabras y oraciones rebuscadas o librescas. La protagonista explica su amor diciendo cómo el motor principal de él ha sido la piedad hacia una vida desierta de ternura. Hasta en esta comedia satírica e irónica, una pretensión noble y profunda dignifica el tema y la acción

«Morir... es irse cada cual con su secreto... «La vida es otro cuento más bonito»... También estos dos términos absolutos nos ofrecen su juego y su contraste en los versos que el conferenciante cita, tomados de la comedia «Las Adelfas». Esta obra le sirve de apoyo para analizar con meticulosidad la técnica teatral de los Machados y sus juegos psicoanalíticos y su «estar de vuelta», de tantas cosas en las que todavía muchas gentes, de dentro y de fuera del teatro, están de ida.

Antonio y Manuel—termina diciendo—, nos dieron una lección en su vida y en su obra y nos proporcionan la mejor enseñanza para el porvenir de la escena española. Destruyeron el retoricismo falso y hueco, abrieron nuevos caminos, cauces y posibilidades para la comedia en verso, que se hallaba en trance de decadencia y de extinción, crearon tipos inolvidables, desenvolvieron a la creación teatral su sentido elevado y profundo sin empacho pedagógico, fina, suave, andalucísimamente; cuidaron magistralmente la fluidez y el garbo del arte de dialogar... Nadie ni nada podrá desconocer o negar esta gloria legítima de Antonio y Manuel.

mostrando una visión de la vida y de la política hecha con una
 honda ambición, bajo la historia de amores frustrados en que se
 resume su asunto. Buena parte del verso se pone al servicio de
 de la acción y de un modo sencillo y natural, sin intenciones de
 gongorinistas, siempre presentes del teatro de los dos hermanos.
 nos y hasta se llega a los que hicieron de la profesión de
 honras públicas, granja en beneficio propio y no del país,
 lo que en ellos depositó su confianza.

El verso es en ocasiones deliberadamente prosaico, para
 no deshumanizar a los personajes con palabras y oraciones
 rebuscadas o líricas. La prosa es explicativa en un momento
 de cómo el motor principal de la vida es la vida misma, una
 vida de lucha hasta en esta comedia entera e incluso
 ca, una pretensión noble y propia dignifica el verso y la acción.
 «Machado es un verso que en su secreto, la vida es otro
 cuento más bonito... También estos dos términos absolutos nos
 ofrecen su juego y su contraste en los versos que el conser-
 vante de la comedia «Las Adellas». Esta obra se
 sirve de apoyo para analizar con metódica técnica tes-
 tral de los Machado y sus juegos paralingüísticos y su teatro de
 vicio, de tanto como en los que todavía muchos gente, de
 dentro y de fuera del teatro, están de ida.

«Antonio y Manuel» termina diciendo: «nos dicen una vez
 más en su vida y en su obra y nos proporcionan la mejor ense-
 ñanza para el poeta de la escena española. Destruyeron el
 teatro antiguo y nuevo, abrieron nuevos caminos, cauces y
 posibilidades para la comedia en verso, que se hallaba en tran-
 scrito de decadencia y la extinción, crearon tipos inolvidables, de-
 velaron a la creación teatral su sentido elevado y profundo
 sin embargo pedagógico, fino, suave, andalucísticamente; cada
 con maestría la luz y el campo del arte de dialogar.
 Nada ni nada podrá desconocer o negar esta gloria legítima de
 Antonio y Manuel.

«Antonio y Manuel» termina diciendo: «nos dicen una vez
 más en su vida y en su obra y nos proporcionan la mejor ense-
 ñanza para el poeta de la escena española. Destruyeron el
 teatro antiguo y nuevo, abrieron nuevos caminos, cauces y
 posibilidades para la comedia en verso, que se hallaba en tran-
 scrito de decadencia y la extinción, crearon tipos inolvidables, de-
 velaron a la creación teatral su sentido elevado y profundo
 sin embargo pedagógico, fino, suave, andalucísticamente; cada
 con maestría la luz y el campo del arte de dialogar.
 Nada ni nada podrá desconocer o negar esta gloria legítima de
 Antonio y Manuel.

